

Aunque los Padres no tratan de las enfermedades mentales sino indirecta y ocasionalmente, se puede encontrar en sus obras, sin embargo, un cierto número de indicaciones sobre la manera en que éstos las concebían y sobre las terapéuticas que preconizaron para quienes estaban afectados por ellas. Pero evidentemente son las *Vidas* de los santos las que ofrecen la documentación más importante sobre este tema.

Es interesante constatar que el pensamiento cristiano antiguo ha desarrollado una concepción compleja de las enfermedades mentales, que reconoce en su origen tres causas posibles: orgánica, demoníaca y espiritual. Esto vuelve a llamar en causa la idea, muy difundida entre los historiadores, que aquél no habría concebido la locura y las enfermedades mentales sino como el efecto de una posesión demoníaca.

En comparación con la psiquiatría moderna, dividida en corrientes que admiten sea un origen puramente orgánico o fisiológico de los trastornos mentales, sea un origen puramente psicológico, e ignora toda relación al dominio espiritual, la rica concepción de los Padres tiene el inmenso mérito de tener en cuenta las tres dimensiones del ser humano: corporal, psíquica y espiritual. Mientras que el fenómeno de la locura, como se admite cada vez más, reconduce a las esferas más profundas, es decir a los valores esenciales del ser humano, éstos siempre lo consideran en función de la relación del hombre a Dios y en relación con el devenir del ser humano total. La referencia al plano espiritual no cesa de informar la comprensión que ellos tienen, y es esta referencia la que asegura la unidad y la coherencia de su concepción, a pesar de la diversidad de las dimensiones que engloba. Desde este punto de vista, la idea, presentada por ciertos historiadores, que la sociedad bizantina no habría tenido sino representaciones incoherentes de la locura y no habría concebido

ningún sistema terapéutico que fuera objeto de un reconocimiento social parece totalmente discutible.

1. Las enfermedades mentales de origen somático

Los Padres¹ no dudan en reconocer a ciertas formas de locura un origen fisiológico, uniéndose en esto a las concepciones médicas en curso en su época.

Para designarlas adoptan, igual que para las enfermedades corporales, las categorías más comunes de la medicina bizantina, que son, esencialmente, las de la tradición hipocrático-galena.

Sin embargo, estas afirmaciones son acompañadas en algunos de ellos de un cierto número de precisiones que, situándolas en el cuadro de la antropología cristiana, las distinguen de las tesis naturalistas y evitan los errores de una perspectiva determinista, mecanicista o materialista. Por una parte, si hay que admitir que una alteración lesionante o funcional de ciertos órganos del cuerpo puede engendrar trastornos en el psiquismo, trastornos que en ciertos casos son clasificados bajo las categorías de la locura, esto no significa, como subraya por ejemplo Gregorio de Nisa, que el alma se encuentre localizada en esos órganos. Por otra parte, según la antropología patrística, el alma posee una esencia propia, no se reduce al cuerpo, y no es, hablando estrictamente, determinada por éste. Sin embargo, el cuerpo condiciona su actividad, es su órgano, su instrumento necesario. Sin él, ella no puede manifestarse, ni realizar ninguna de sus posibilidades de expresión. Para que el alma pueda expresarse normalmente en él, con él y por él, es indispensable que sea apto para su función instrumental, que él es de manera natural en su estado de salud, habiendo sido ordenado para este fin por el Creador, como nota san Juan Crisóstomo. Pero si una afección afecta uno de los órganos del cuerpo de los que el alma tiene necesidad para actuar y manifestarse, la expresión psíquica se verá perturbada, repercutiendo según su modo propio el problema de su órgano mediador. San Gregorio de Nisa explica una parte de esta concepción recurriendo a una metáfora clásica: igual que un instrumento de música estropeado no responde a las solicitudes del

¹ Especialmente Metodio de Olimpo, Gregorio de Nisa, Nemesio de Emesa, Juan Casiano, Teodoreto de Ciro, Barsanupio.

mejor músico, “del mismo modo el espíritu, que se comunica a todo su instrumento y que alcanza cada órgano de una manera espiritual, conformemente a su naturaleza, no ejerce su acción normal sino allí donde todo es según el orden de la naturaleza; pero donde la debilidad de una parte se opone a su operación, queda sin resultado y sin eficacia.”

De esta concepción deriva una consecuencia de gran importancia: en el caso en que los problemas psíquicos son relativos a una afección somática, ya no son problemas del alma misma, sino de su expresión, de su manifestación, de su actividad por medio del cuerpo. El alma, detrás de esas perturbaciones aparentes no es afectada en sí misma; permanece intacta en su esencia. Juan el Solitario, que recurre a la misma comparación que san Gregorio de Nisa, lo muestra ampliamente.

Entonces, los así llamados trastornos psíquicos, en este caso son en realidad, fundamentalmente, trastornos somáticos. En consecuencia, la terapéutica que hay que aplicarles es puramente fisiológica. Los Padres, habiendo adoptado la nosología de la medicina que dominaba su época en lo referente a las enfermedades corporales, es decir la medicina hipocrático-galena, adoptaron también sus principios y sus medios terapéuticos.

2. La locura de origen demoníaco

a. Formas y causas

Para los Padres, otra causa de la locura es la intervención directa de los demonios. Ésta se puede manifestar según modos y grados diversos, hasta llegar a la posesión.

Los escritos de los Padres y las *Vidas* de los santos muestran constantemente lo que ya se puede constatar a propósito de los relatos del Nuevo Testamento, es decir, que ellos distinguen con mucha evidencia entre etiología física y etiología demoníaca no solamente para las enfermedades o debilidades de naturalezas diferentes, sino también para la misma enfermedad o debilidad en casos diferentes, lo que es la prueba manifiesta de que el recurso a una etiología demoníaca no se debe a la ingenuidad de una creencia, a la ignorancia de otras causas, y a la incapacidad de explicar las cosas de otra manera.